

EL MUNDO POR DELANTE

Beatriz Carrillo/ Presidenta de Mujeres Gitanas universitarias

Desde los albores de su existencia supo que aterrizaba en un mundo en el que, por su doble condición de mujer y gitana, nadie le iba a poner las cosas fáciles, pero le dio por especializarse en luchar contra las adversidades

Memoria de un pueblo

NACHO GONZALEZ.

CORDOBA.— Los reflejos rubios de su cabellera, la mirada clara de sus ojos y la altura, no sólo física, desde la que contempla el mundo que la rodea traicionan desde siempre el manido estereotipo del alma gitana. Parece como si Beatriz Carrillo (Palma del Río, 1975) hubiera estado desde mucho antes de nacer predestinada a vivir en un mundo de contradicciones, de dualidades y de lucha sin cuartel.

Desde los albores de su existencia supo que aterrizaba en un mundo en el que, por su doble condición de mujer y gitana, nadie le iba a poner las cosas fáciles. Pero le dio por especializarse en luchar contra las adversidades, se arremangó la camisa y, haciendo gala de la sangre luchadora que corre por las venas de su gente, decidió ponerle una trampa al futuro para romper todos los tópicos y abrir las puertas a toda una generación a través de la cultura y la formación. Por eso hoy preside la Asociación de Mujeres Gitanas universitarias de Andalucía.

No se encuentra cómoda con el adjetivo de luchadora, pero se reconoce plenamente en él por la cantidad de muros que ha tenido que romper. Porque no es fácil ser pionero nunca, y menos aun cuando se ha nacido en el seno de una cultura abocada a la indiferencia y la marginación. Con la ayuda de más de cien miembros de la asociación, de los cuales más del setenta por ciento son mujeres gitanas pertenecientes a distintas universidades andaluzas, Beatriz se enfrenta a diario a los molinos de viento del olvido de un pueblo «nómada por obligación», contribuyente decisivo de la forja de una identidad hoy conocida como 'andaluza'.

«El patrimonio de la cultura gitana es vastísimo. Nuestra influencia no se limita al flamenco, como muchos piensan. Muchos de los valores de nuestra sociedad son comunes a la tradición gitana. Queremos recuperar esos lazos para que nuestro pueblo sea reconocido plenamente dentro de la riqueza cul-



FERNANDO RUSSO

tural andaluza».

Valores perdidos o semibandonados como el de la solidaridad entre los miembros de una misma comunidad, instituciones tan veneradas como la familia o la devoción que siente por la figura del abuelo como fuente de sabiduría hacen del gitano un grupo digno, como mínimo, de mayor respeto.

«Es muy duro aceptar que, cada vez que alguien hable de tu gente, sea para relacionarla con la delincuencia, la marginación o el tráfico de drogas. Nosotros estamos para decir 'basta ya' a

esos estereotipos que reclutan de barrios marginales de las ciudades.

Pero si duelen la indiferencia y la marginación social, más duelen las heridas que provocan los arañazos de los suyos. «Yo no me considero una gitana distinta y, sin embargo, algunos gitanos me han acusado de estar traicionando nuestras tradiciones. Es difícil luchar contra las zancadillas que te pone tu gente, sobre todo cuando provienen de los gitanos más jóvenes». A pesar de todo, Beatriz es consciente de su buen hacer y el de sus compañeras, entre otras cosas porque la cerrazón acaba cediendo terreno a la cordura y, al final, «acaban aplaudiendo nuestro trabajo, incluso los mayores».

Lo repite una y otra vez, hasta la saciedad, y no le importa parecer cansina. Sabe que luchar contra el estereotipo es tarea de titanes. Y clama al cielo contra las injusticias que cada día cortan caminos, reprimen ilusiones y machacan silenciosamente a un pueblo con mucha historia a sus espaldas.

«A veces te encuentras con argumentos que parecen sacados de otra época. ¿Cómo se puede atrever nadie a decir que los gitanos viven en asentamientos chabolistas porque les gusta? Quien así habla desconoce por completo la historia de nuestro pueblo y la realidad que nos rodea en la sociedad en la que vivimos hoy».

Cada gesto de sus manos habla de una personalidad de rompe y rasga, de alguien que ha tomado conciencia del sufrimiento de los suyos y sabe que, con tesón y mucho trabajo, las cosas pueden cambiar. «Soy muy optimista, creo que, tarde o temprano, la gente nos aceptará como lo que somos, personas absolutamente normales».

Pensamientos que Beatriz rumia mientras sale de nuevo a la fría calle para confundirse con un transeúnte más. Los que la conocen, que en el barrio de la Macarena forman legión, conocen, sin embargo, que aquella mujer de ojos transparentes lleva consigo, más que pensamientos, la memoria de todo un pueblo.

Personal

Nació en Palma del Río, Córdoba, en 1975 / Hija de ama de casa y comerciante, de pequeña prefería los juegos de niños / Su verdadero nombre es Micaela, herencia por línea materna / Amante de la pintura, tiene nociones de dibujo al carboncillo, que practica a menudo / Es una gran aficionada a la música clásica y, entre sus lecturas favoritas, están tratados de filosofía y antropología / Licenciada en Trabajo Social, en la actualidad, prepara oposiciones a la Junta de Andalucía /

esos estereotipos que históricamente tanto daño nos ha hecho como comunidad».

Los miembros de la asociación, que aglutina a «cualquiera con ganas de entender y amar la cultura gitana», no pagan cuotas, subvenciones no han recibido nunca y se de no tienen aun, pero luchan con la ilusión como bandera, la unión de coraza y el coraje como punta de lanza. Organizan talleres en colegios para dar a conocer la cultura gitana, jornadas universitarias para debatir sobre los latigazos del racismo y enseñan a leer y escribir a jóve-